

**Réplica a Jesús Cosamalón acerca del libro
*Perú en la era del Chino****

Yusuke Murakami
Center for Integrated Area Studies, Kyoto University

En primer término, expreso mi agradecimiento profundo al doctor Jesús Cosamalón y al equipo editorial de la revista por haberse tomado la molestia de publicar una reseña sobre un libro —dado el contexto político dominante post Fujimori— “políticamente incorrecto”, pues está dedicado a “los que no son fujimoristas ni antifujimoristas”. Con espíritu democrático para polemizar, quisiera aclarar mi posición respecto de unos puntos de importancia indicados por el doctor Cosamalón; y, a continuación, señalar dos puntos no resaltados por el reseñador, pero importantes para mi punto de vista analítico y para el desarrollo del argumento en el libro; finalmente, plantearé dos reflexiones; aunque no se puedan tocar los detalles de interpretación de los hechos debido al límite de espacio.

Según mi entendimiento, las críticas principales de la reseña son las siguientes: (a) me aferro al ideal de la democracia de proceso y procedimientos de los países industrializados (p. 3); (b) los rasgos de la política de Fujimori se originan en su carácter personal más que en la política criolla y autoritarismo tradicional del Perú o en el contexto en la acción humana (pp. 4-5); (c) mi lectura de una ruptura entre el período 1992-95 y la etapa posterior implica que los defectos y el fracaso del fujimorismo “no provienen de sus orígenes o estilo inicial, sino de [su] incapacidad para responder a los retos de cambio” (p. 5); (d) es cuestionable mi opinión respecto de la “inevitabilidad” del “Fujishock” y del “autogolpe”, así como la evaluación de la política antisubversiva (pp. 4-7); (e) mi crítica a la oposición respecto de la política antisubversiva se prestaría para una posición tolerante con la violación de los derechos humanos (pp. 7-8); y (f) es un error fatal no tocar sistemáticamente el tema de la corrupción (pp. 8-9).

Empiezo con uno de los dos puntos que el doctor Cosamalón lamentablemente no menciona. El primer punto es que mi libro es —como indica el reseñador— “elaborado desde la óptica de la ciencia política”, pero más que nada, desde una perspectiva de las instituciones políticas, definidas como los patrones de comportamiento, las reglas, las normas, el entendimiento y/o el consentimiento, explícitos o implícitos, que duran en el mediano y largo plazo y son aceptados, reconocidos o compartidos como legítimos por los miembros de una sociedad, con el objetivo de conseguir ciertas metas o valores (pp. 14-15, 42-47). Sostengo que en el Perú nunca se ha institucionalizado (en el mencionado sentido)

la política, particularmente la democrática, y que el fujimorismo nació, creció y cayó en tal política no institucionalizada. Para mí, este aspecto es crucial y todo el argumento del libro está guiado por esta perspectiva (incluida, por ejemplo, la interpretación de la política tradicional y criolla del Perú). Pienso así, porque la democracia “más institucionalizada” puede permitir cosas mejores en otros países. Por ejemplo, procesos y procedimientos “más institucionalizados” aseguran en los países industrializados la prevención o por lo menos más justicia respecto de la corrupción y la violación de derechos humanos, aunque sus democracias realmente existentes no sean las ideales ni eliminen totalmente la posibilidad de que se produzcan dichos problemas. Sobre la base de un consenso amplio, la democracia “más institucionalizada” de Chile da —de un gobierno al otro por cerca de dos décadas— la continuidad a cierta línea económica eficaz con resultados concretos y duraderos. Se puede discutir si la línea es adecuada, y sus resultados pueden ser cuestionados, pero por lo menos, la situación ha sido mucho mejor que en el Perú. De todas maneras, lo más importante para mi perspectiva institucional es si hay o no un consenso (aunque sea implícito) respecto de dicha línea (se trata de un aspecto de la institucionalización política), y mi observación respecto de la actitud de la oposición sobre la política antisubversiva antes del “autogolpe” es de la misma dirección: la oposición no tenía una propuesta detallada que condujera a un acuerdo para las medidas antisubversivas eficaces, incluido el aspecto de los derechos humanos (como menciona el libro, la oposición simplemente propuso “una política antisubversiva que *respetara* los Derechos Humanos” en términos generales, no algo concreto ni detallado). En resumen, mi libro “no pretende menospreciar los problemas de corrupción o violación de derechos humanos del gobierno de Fujimori, sino que se centra en el análisis del trasfondo político que permitió dichos problemas” (p. 54).

La selección del ángulo analítico institucional causa otra discrepancia con la posición del doctor Cosamalón. Es verdad que no analizo con profundidad hasta qué punto fue responsabilidad personal del presidente, o de la coyuntura, el carácter y evolución del gobierno de Fujimori. Pero para mi análisis institucional, el resultado (de no institucionalización) es más importante y merece mayor atención que el tipo de causa o causas. Lo mismo sucede con la diferencia entre el carácter personal de Fujimori y el criollismo autoritario. No digo que dicha diferenciación no sea de importancia; y ciertamente en algunos aspectos influyó el carácter personal; por eso, reconozco que “el caso de nuestro protagonista llegó al extremo” (p. 15). Sin embargo, me parece necesario recordar siempre que la situación peruana está muy lejos de la democracia institucionalizada y, desde este punto de vista, no es prioritario analizar con energía si la responsabilidad fue personal.¹ Además, al estilo del sociólogo alemán Max Weber (1982 [1919]), pienso que la

responsabilidad de las consecuencias recae siempre sobre el político quien se encarga de la política que causa dichas consecuencias por cualquier razón.

El segundo punto ausente en el argumento del doctor Cosamalón es mi posición sobre los actores y estructura en la historia (pp. 47-49). Opino que “los factores estructurales e históricos ponen condiciones en la intención y los actos de los actores políticos” (p. 48). No niego la importancia respecto de la existencia de opciones que cada actor político puede tener, pero la posibilidad y viabilidad de cada opción no es igual. Ciertamente la historia no está “anunciada” desde el inicio, pero tampoco su curso de desarrollo está totalmente libre ni abierto por igual a todos los eventuales destinos. Dada mi posición al respecto, mi conclusión no es insistir en la “inevitabilidad” del “Fujishock” o del “autogolpe”, sino la dificultad para evitar lo que ocurrió (más lo primero que lo segundo para ser exacto), debido a las características de las circunstancias y a los actores.²

Dos reflexiones finales. La acusación contra Fujimori es una tarea importante, pero no conduce directamente a la institucionalización de la democracia basada en partidos políticos mínimamente sólidos. Este es otro desafío totalmente distinto que requiere otra especie de esfuerzo ciudadano. Después de la caída de Fujimori, han aparecido una serie de publicaciones que acusan al ex mandatario (véase la bibliografía de mi libro). También hay muchas organizaciones y personas del Perú y del extranjero dedicadas a investigar la responsabilidad de Fujimori. Pero, ¿la tarea de la construcción de la sociedad política democrática ha sido tratada con atención y energía comparables —por lo menos— a las dedicadas a la acusación contra Fujimori? Dada la situación, no corresponde a un politólogo (todavía extranjero) con la perspectiva analítica de la institucionalidad, agregar a la bibliografía existente otro trabajo más (y quizá nada novedoso) sobre la responsabilidad de Fujimori.

Segunda y última reflexión. Considero que a la luz del desarrollo posterior de la política fujimorista, el reseñador enfatiza la importancia del episodio de noviembre de 1992 —Fujimori va a la residencia del embajador japonés para esperar a su escolta luego de un intento de golpe— (p. 9). Los historiadores tienen el pleno derecho a escribir la historia tomando todos los elementos disponibles, incluso los resultados que los actores no sabían con certeza que se darían. Pero pienso que no es justo que se interpreten los actos o la intención de un actor desde sus resultados o consecuencias, por lo menos, cuando se reconstruyen los hechos; no debemos caer en el *hindsight* (interpretación retrospectiva). Fujimori optó por esperar en esa residencia, no porque fuera la del Japón, sino porque decidió apresuradamente una ruta de Palacio de Gobierno al SIN en Chorrillos,

considerando todas las eventualidades, y luego recordó que la residencia se encontraba en un lugar no tan desviado. Si hubiera escogido otra ruta, el lugar de espera habría sido otro.

Agrego otro episodio para finalizar. Debido a mi experiencia profesional en Lima, tengo el pleno conocimiento de que, entre 1990 y 1991, Fujimori intentó renunciar a la nacionalidad japonesa sin que el acto fuera conocido públicamente. Sin embargo, el Gobierno japonés respondió sistemáticamente que no había manera de realizar ese procedimiento como él quería, porque legalmente la renuncia debía ser oficializada en la gaceta japonesa. Entonces Fujimori “se conformó con” la nacionalidad japonesa. Los actores políticos pueden ser vistos haciendo o pretendiendo hacer algo increíble, si en retrospectiva se aprovecha al máximo todo lo que esté al alcance desde la perspectiva del presente.

Notas

- *. El autor de *Perú en la era del Chino* discute la nota de Jesús Cosamalon (2008), aparecida en el número anterior de *Summa Humanitatis*.
- 1. De manera similar, Julio Cotler argumenta sobre el populismo latinoamericano: es cierto que el populismo contribuyó a la democratización extendiendo la participación política, pero no llegó a institucionalizar la democracia y no se puede enfatizar mucho su mérito (Cotler, 1991). Estoy totalmente de acuerdo con su argumento.
- 2. Desde una perspectiva teórica y analítica totalmente distinta de la mía, Kenney (2004) llega a las mismas conclusiones sobre el “autogolpe”. Por otro lado, no entiendo la crítica (c) del doctor Cosamalón sobre mi lectura de una ruptura entre antes y después de 1995 porque, como el mismo reseñador indica, soy de la opinión de que el estilo de Fujimori “resulta poco apropiado para plantear políticas a largo plazo y consensos necesarios para el desarrollo del país” (p. 4).

Bibliografía

- Cosamalon, Jesús, 2008, “Un aporte a la historia del Perú contemporáneo: Yusuke Murakami. *Perú en la era del Chino*”, en *Summa Humanitatis*, vol. 1, núm. 2. Revisado en diciembre de 2008, en <http://revistas.pucp.edu.pe/ojs/index.php/summa/article/view/29>

Cotler, Julio, 1991, "Contra malentendidos", Pretextos, Lima, DESCO-Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, núm. 2, pp. 119-120.

Kenney, Charles, 2004, *Fujimori's Coup and the Breakdown of Democracy in Latin America*, Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press.

Weber, Max, 1982 [1919], "La política como vocación", en *Escritos políticos*, tomo II, México, D. F., Folios Ediciones, pp. 308-364.

Usted puede copiar, distribuir, exhibir y comunicar este trabajo bajo las siguientes condiciones:

Reconocimientos:

Al autor: citar, reconocer y dar crédito al autor original.

A la revista *Summa Humanitatis*: citarla bibliográficamente.

No Comercial. No puede utilizar este trabajo para fines comerciales.

No Derivados. No puede alterar, transformar, o añadir nada a este trabajo.